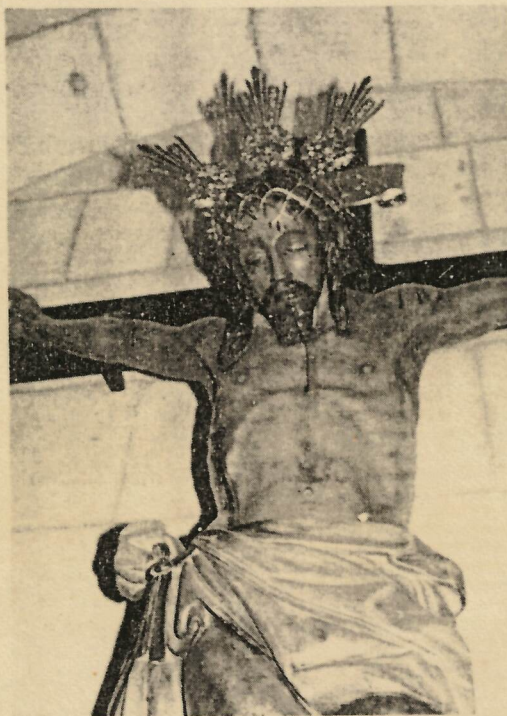


ANTE JESÚS

“¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?”

Lope de Vega

Como el poeta, me he preguntado muchas veces qué de especial en mí encuentras para llamarme cada mañana, seguirme silencioso durante el trajín diario y mirarme con Tus ojos penetrantes cuando, cansado, intento olvidar con el sueño las fatigas y problemas de la jornada. Nada existe en mí que pueda suscitar interés y, no obstante, siento Tu presencia permanente, que me causa desazón e inquietud.



Hemos desvirtuado, adulterado (Tu mensaje), para que sirviera y fuera útil en el tráfico de nuestros estúpidos intereses
(Foto Julia Palma Hueso)

En mi vida, como en la de todo hombre gris, sólo puedes encontrar pequeñas: pequeñas maldades y egoísmos, mínimas ambiciones, claudicaciones constantes, mezcladas y confundidas con leves virtudes, sin vigor ni consistencia. Nada con nervio, con energía, con grandeza; nada que por ejemplar despierte Tu interés, ni que por su turbia y enorme maldad Te obligue a cualquier acción. ¿Por qué, entonces, Tu interés?

Yo, como todo el mundo, sin apenas excepciones, en los momentos cruciales de Tu paso por la tierra, hubiera actuado como aquella masa anónima, anodina, que te seguía prendida de Tu palabra, te aplaudía en la entrada triunfal y memorable de Jerusalén y, después, huía despavorida, gritaba pidiendo la libertad de un asesino, o contemplaba, sin conmoverse, con torpe inconsciencia, los estertores de Tu muerte, sin comprender nada. Porque la verdad es esa: no hemos entendido Tu mensaje. Y, tal vez, lo que es peor aún, lo hemos desvirtuado, adulterado, para que sirviera y fuera útil en el tráfico de nuestros estúpidos y ruines intereses... Eso sí, oculta y recubierta su médula con vistosas adherencias y eruditas exégesis, para que no pueda verse ni llegarse al fondo de amor y sacrificio en que consiste.

Con sinceridad, después de casi dos milenios, si no puede decirse que has fracasado, si cabe resaltar que nosotros, los hombres, no hemos sabido, o no hemos tenido la valentía y el coraje suficientes, de hacer nuestras Tus ideas y de bañarnos en el cálido y sedante amor que fluye, como inagotable ma-

nantial, de Tu corazón. Nos hemos quedado en la anécdota, en la superficie, en el espectáculo, y abandonamos la sustancia, la medicina, la solución que en Tí se hallan para los conflictos. ¿Es por ello, acaso, por lo que de manera continua me sigues, y me llamas, y me diriges Tu mirada triste? Seguramente lo haces también con los demás, pues todos somos como muñecos iguales, gemelos, duplicados..., en interminable serie salida de no se sabe qué extraña fábrica social.



Sentir, estremecido, el fuego espléndido del amor que derrochas

(Foto M. Alvarado)

Si en nuestros días, por algún milagro, volviera a repetirse Tu paso por el mundo, ¿no crees que todo sucedería de nuevo igual? ¿Para qué, pues, insistes? ¿Habrá remedio para los hombres? ¿Sabremos, alguna vez, reconocerte y seguirte?... Mi endeble entendimiento me dice que no tenemos solución, y Tu presencia, sin embargo, parece indicar que sí. ¿La hay?... Tú debes saberlo. En el fondo de mi alma, tímida, asustada, esta constancia Tuya despierta esperanzas. Es posible que valgamos más de lo que pensamos; es posible que, en el futuro, acabemos por caminar sobre Tus huellas y comprender Tu mensaje, y sentir, estremecidos, el fuego espléndido del amor que derrochas; es posible que consigas infundirnos heroico valor, ilimitada generosidad, equilibrado concepto de la justicia, certero sentido de la vida... Si es así, continúa, persiste con Tu infinita paciencia, llama sin desmayo, como hasta ahora, a mi puerta, junto a la que

*"... cubierto de rocío,"
"pasas las noches del invierno oscuras."*

MIGUEL MOLINA

